

Roma. Del Renacimiento al Barroco

ELADIO ROMERO



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Roma. Del Renacimiento al Barroco*
Autor: © Eladio Romero

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: MIGUEL ÁNGEL. *El Juicio Final*. Fresco realizado entre 1537 y 1541. Capilla Sixtina, Vaticano.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-757-6
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-758-3
ISBN edición digital: 978-84-9967-759-0
Fecha de edición: Noviembre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-30543-2015

*Dedicado a Ana, Bárbara, Dolores, Elena, Maite, Marisol y Marta,
mis compañeras de recreo y café.*

Índice

Lista de los papas de los siglos XVI y XVII	13
Introducción	17
Capítulo 1. La escandalosa Roma del Renacimiento	21
La Roma que vio Lutero	21
Una ciudad repleta de prostitutas	23
La maldad del papa Borgia	26
Las corruptas dinastías cardenalicias	30
Milagros, supersticiones y culto a las reliquias en la Roma renacentista	33
Julio II, un papa guerrero	41
Capítulo 2. La crisis. El saco de Roma de 1527	45
Clemente VII y su política antiimperialista	45
El saco de Roma	46
La conmoción	51

Capítulo 3. Pablo III y el Concilio de Trento	53
Pablo III	53
El Concilio	55
La Inquisición romana	58
Felipe Neri y la lucha contra las malas costumbres	60
Capítulo 4. Miguel Ángel y la Contrarreforma	63
Las nuevas directrices artísticas contrarreformistas	63
Miguel Ángel, artista libre	65
El Juicio Final	68
Impacto del Juicio Final	70
Críticas al Juicio Final	72
Retoques al Juicio Final	76
Miguel Ángel y la cúpula de San Pedro	82
Capítulo 5. La guerra. Pablo IV contra Felipe II	89
Pablo IV, un papa severo e inflexible	89
Política antiimperialista	91
Las causas de una guerra	94
Alianza con Francia	97
Justificaciones de Felipe II	100
El duque de Alba invade los Estados Pontificios	102
Intervención francesa	104
La paz	107
Capítulo 6. Lucha contra la heterodoxia.	
La inquisición romana y el castigo a los herejes	111
La lucha contra los herejes	111
Aonio Paleario	115
Giordano Bruno	121
Galileo Galilei	137
Capítulo 7. Catacumbas y reliquias en la Roma postridentina	159
Las nuevas reliquias del cristianismo primitivo	159
Antonio Bosio y el redescubrimiento de las catacumbas	162
Las reliquias de santa Cecilia	165

Capítulo 8. Los nuevos santos de la Contrarreforma	169
Nuevos santos, nuevas órdenes	169
La Compañía de Jesús	174
Pío V, papa santo y riguroso	179
Capítulo 9. Fin de siglo y triunfo de la Contrarreforma en Roma	183
Gregorio XIII, los Orsini y el cardenal Peretti	183
La venganza de Sixto V	186
El embellecimiento de Roma	190
Los últimos papas del siglo XVI	193
Capítulo 10. El nuevo papado del siglo XVII. Urbano VIII y la lucha por la preponderancia política	201
León XI, nuevo papa breve	201
Olimpia Maidalchini	204
Urbano VIII	208
La guerra de Castro	217
Gian Lorenzo Bernini al servicio del papa	222
Capítulo 11. Inocencio X, o la continuación del nepotismo	227
La elección de Inocencio X	227
De nuevo Olimpia Maidalchini, ahora papisa	230
Persecución de los Barberini	232
Cuestiones familiares	234
El papa, la papisa, Bernini y Borromini	236
La segunda guerra de Castro	241
Nuevo jubileo	243
El asunto Mascambruno	247
El final de un reinado	249
Epílogo. Alejandro VII o el fin de una papisa	253
Anexo. Historia y gobierno del Estado Pontificio	257
Bibliografía	267

Lista de los papas de los siglos XVI y XVII

1492-1503	Alejandro VI (Rodrigo Borgia), de Játiva (Valencia)
1503	Pío III (Francesco Todeschini-Piccolomini), de Siena
1503-1513	Julio II (Giuliano della Rovere), de Albisola (Savona)
1513-1521	León X (Giovanni de Medici), de Florencia
1522-1523	Adriano VI (Adriaan Floriszoon), de Utrecht (Países Bajos)
1523-1534	Clemente VII (Giulio de Medici), de Florencia
1534-1549	Pablo III (Alessandro Farnese), de Canino (Viterbo)

- 1550-1555 Julio III (Giovan Maria Ciocchi del Monte), de Roma, aunque la familia era originaria de Monte San Savino (Arezzo, Toscana)
- 1555 Marcelo II (Marcello Cervinci), de Montefano (Macerata), de familia originaria de Montepulciano (Toscana)
- 1555-1559 Pablo IV (Gian Pietro Carafa), de Sant'Angelo della Scala (Avellino)
- 1559-1565 Pío IV (Giovanni Angelo Medici), de Milán
- 1566-1572 Pío V (Antonio Ghislieri), de Bosco Marengo (Alessandria)
- 1572-1585 Gregorio XIII (Ugo Buoncompagni), de Bolonia
- 1585-1590 Sixto V (Felice Peretti), de Grottamare (Ascoli Piceno)
- 1585 Urbano VII (Giovanni Battista Castagna), de Roma
- 1590-1591 Gregorio XIV (Niccolò Sfrondati), de Cremona
- 1591 Inocencio IX (Giovan Antonio Fracchinetti), de Bolonia
- 1592-1605 Clemente VIII (Ippolito Aldobrandini), de Fano (región de las Marcas)
- 1605 León XI (Alessandro de Ottaviano de Medici), de Florencia
- 1605-1621 Pablo V (Camillo Borghese), de Roma
- 1621-1623 Gregorio XV (Alessandro Ludovisi), de Bolonia
- 1623-1644 Urbano VIII (Maffeo Barberini), de Florencia

1644-1655	Inocencio X (Giovanni Battista Pamphili), de Roma
1655-1667	Alejandro VII (Fabio Chigi), de Siena
1667-1669	Clemente IX (Giulio Rospigliosi), de Pistoia (Toscana)
1670-1676	Clemente X (Giovanni Battista Emilio Altieri), de Roma
1676-1689	Inocencio XI (Benedetto Odescalchi), de Como
1689-1691	Alejandro VIII (Pietro Ottoboni), de Venecia
1691-1700	Inocencio XII (Antonio Pignatelli), de Spinazzola (Bari)

Introducción

San Roberto Belarmino (1542-1621) fue uno de los mayores defensores de la monarquía pontificia, así como uno de los principales exponentes de la literatura de controversia propia del catolicismo postridentino. Nacido en la población toscana de Montepulciano, defensor acérrimo de la tradición, como consultor del Santo Oficio participó en el proceso contra Giordano Bruno y en el primer proceso contra Galileo, constituyendo una de las más eminentes figuras de la Contrarreforma (es decir, del momento histórico que trataremos en este volumen). Como escritor, Belarmino redactó rabiosas invectivas contra Erasmo de Róterdam y compuso una de las obras más conocidas de la época, su *De potestate summi pontificis*. En ella llegó a declarar, algo nada extraño para el momento que le tocó vivir, que la democracia era el peor de los gobiernos. Luego, metiéndose en asuntos que le eran más propios, afirmaba que la jurisdicción de los obispos debía proceder directamente del pontífice, el cual no podía errar nunca, y que por ello su autoridad era muy superior a la del concilio. Es más, según Belarmino el papa poseía prerrogativas para destituir incluso a cualquier gobernante, en caso de que este abusara de su poder.

No obstante, y he aquí lo curioso, Belarmino no descartaba la posibilidad de que un hereje alcanzara el solio pontificio. Es decir, que un papa hereje llegara a gobernar la Iglesia católica. Entonces, ¿podía o no podía errar un pontífice? Controversia o contradicción que no conciliaba la mentada infalibilidad del papa con la posibilidad de aceptar la herejía.

Esta era, pues, la contradicción de la Roma de los siglos XVI y XVII, de una ciudad sobre la que se afirmaba que había tantos clérigos como prostitutas. Aunque quizá tal afirmación no constituya una paradoja, sino una inferencia necesaria en una sociedad donde un papa supersticioso y muy aficionado a la astrología como era Urbano VIII condenaba al gran Galileo como hereje.

Veremos en este libro, más en detalle, cómo era esa Roma tan curiosa, la Roma de la Contrarreforma, y luego del Barroco, que quiso oponerse a los protestantes y heterodoxos empleando armas como la hoguera, el arte sublime y las reliquias de los santos.

Como nota curiosa hay que decir que Pío XI beatificó y canonizó a Roberto Belarmino en 1930, y lo nombró doctor de la Iglesia al año siguiente. En 1969 Pablo VI creó la cátedra cardenalicia de San Roberto Belarmino, que en 2013 la ostentaba Jorge Mario Bergoglio, elegido papa ese año. Contradicciones tiene la Santa Madre Iglesia.

Y ya que hablamos de ese arte sublime, mencionaremos asimismo la gran transformación que sufrió Roma durante los siglos XVI y parte del XVII. Amplias plazas, iglesias imponentes, jardines, galerías con pinturas... En la Roma del siglo XVII el arte se convirtió en un espectáculo con el que se quería subrayar el poder de la capital del mundo católico. Después de decenios de transformación urbanística y promoción artística debidos al incansable mecenazgo de los papas, Roma pasó a ser una de las urbes más bellas de Europa.

Desde la época de Julio II y León X, a principios del siglo XVI, la Ciudad Eterna había comenzado a recobrar el esplendor de los tiempos antiguos, del todo perdido durante la Edad Media. La construcción de la nueva basílica de San Pedro y la obra de los maestros Rafael y Miguel Ángel comenzaron en aquellos años a evidenciar la recuperación de la gran tradición artística del Imperio romano. El proceso sufrió una drástica interrupción en el año 1527 debido al saqueo perpetrado por las tropas del emperador Carlos V, que entraron en la ciudad con la intención de doblegar al papa Clemente VII y dejaron un panorama de desolación y ruina, al que se sumó la diáspora de muchos de los más eminentes artistas

e intelectuales que hasta entonces residían en la urbe, marcando así el inicio de una cierta decadencia en la vida cultural que tardaría varias décadas en superarse.

Además, el imparable avance del protestantismo en las tierras de Europa sumió a la Iglesia en una gravísima crisis que hizo que la recuperación de Roma se postergase hasta finales del siglo xvi. Pero, pese a estas adversidades, lo cierto es que durante el Renacimiento la ciudad se había llenado de imponentes palacios e iglesias y había ganado enormemente en magnificencia. Ciertas actuaciones urbanísticas puestas en marcha por los papas desde finales del siglo xv comenzaban a eliminar el desorden de la trama urbana heredada de la Edad Media. El momento culminante de aquella renovación fue el que protagonizó el papa Sixto V (1585-1590), quien promovió una ambiciosísima reforma para atender a la multitudinaria afluencia de peregrinos a la ciudad. Se calcula que en el jubileo de 1600 llegaron a Roma doscientos mil de ellos sólo en un día de la festividad de la Pascua. La imagen pagana y medieval de la ciudad comenzó así a ser sustituida por otra cristiana y moderna; Roma se convertía de nuevo en orgullosa capital del mundo católico. La silueta de la ciudad se vio modificada por la proliferación de imponentes cúpulas como la de la basílica de San Pedro del Vaticano, diseñada por Miguel Ángel y terminada por su discípulo Giacomo della Porta entre 1587 y 1590. Aquellas imponentes obras fueron en parte financiadas por la Iglesia, pero también por grandes familias de la corte romana que acumularon riquezas extraordinarias, como los Colonna, los Borghese o los Aldobrandini.

En cuanto a la imagen de la Roma barroca se debe en buena medida a un único artista napolitano pero romano de adopción: Gian Lorenzo Bernini (1598-1680). Bajo el pontificado de Urbano VIII, que lo nombró arquitecto de la fábrica de San Pedro, Bernini fue el auténtico director artístico de la escena romana durante más de cincuenta años. Sus realizaciones pudieron ser comparadas a partir de la década de 1630 con las obras no menos destacables de uno de sus antiguos y maltratados ayudantes, ahora convertido en profesional independiente: el arquitecto Francesco Borromini. Introdujo estas formas inventivas y nada convencionales, abandonó el tradicional uso de los órdenes clásicos y dejó de considerar lo antiguo como modelo supremo. La rivalidad entre ambos se hizo más evidente bajo el pontificado de Inocencio X (1644-1655). A modo de una justa artística, el Papa decidió emplear a ambos arquitectos en la reforma de la plaza Navona, su principal acción de mecenazgo.

El siguiente papa, Alejandro VII (1655-1667), coronó en lo fundamental la transformación de Roma en una ciudad moderna. Su determinación hizo que a finales de su pontificado Roma fuera ya el mejor escenario urbano de Europa.

Capítulo 1

La escandalosa Roma del Renacimiento

LA ROMA QUE VIO LUTERO

La Reforma protestante nació del odio que Lutero almacenaba contra Roma. El fraile alemán llegó a la capital de la cristiandad en 1510, cuando reinaba aquel pontífice guerrero llamado Julio II, y el vicio y la inmoralidad constituían la vida cotidiana de la urbe. El historiador Leopold von Ranke (1795-1886), protestante y también alemán, escribió en su *Historia de los papas* que al Vaticano a comienzos del siglo XVI se viajaba «no tanto para rezar junto a las reliquias del Apóstol, cuanto para admirar las obras del arte antiguo, como el Apolo del Belvedere o el Laocoonte». Lutero regresó a Alemania muy afectado por lo que había visto, llevando ya en su interior el germen de la reforma que más tarde protagonizaría.

Julio II fue, según Ranke, el fundador del moderno Estado de la Iglesia. Su actitud era más la de un violento monarca que la de un jefe de la cristiandad. Lutero escribió: «Todos los días, Julio II se levantaba dos horas antes de salir el sol, y hasta las cinco o las seis ponía en orden sus asuntos. Después, pasaba a preocuparse de las cuestiones seculares, de la guerra, de los edificios o de las monedas».



CRANACH EL VIEJO, Lucas. *Retrato de Lutero* (1528). Casa y Museo Lutero, Wittenberg. Cranach, pintor e impresor alemán, fue contemporáneo de Lutero, quien empleó sus prensas para editar algunas obras. Además, de la imprenta de Cranach salieron numerosos grabados donde se ridiculizaba al papa y a la casa de Habsburgo.

A los romanos este viejo prepotente y totalitario les encantaba. En la estatua de Pasquino, un torso clásico ubicado cerca de plaza Navona y en el cual se exponían las sátiras populares (los llamados pasquines), cierto día apreció un elogioso escrito en latín donde se decía:

Una vieja tradición afirma que el papa Julio II, tras haber declarado la guerra a los franceses, salió de Roma al frente de sus mercenarios; y al atravesar el puente del Tíber, lanzó las llaves pontificias al agua. Blandió luego con fuerza la espada y dijo: «Que la espada de Pablo nos defienda, ya que las llaves de Pedro no han servido de nada».

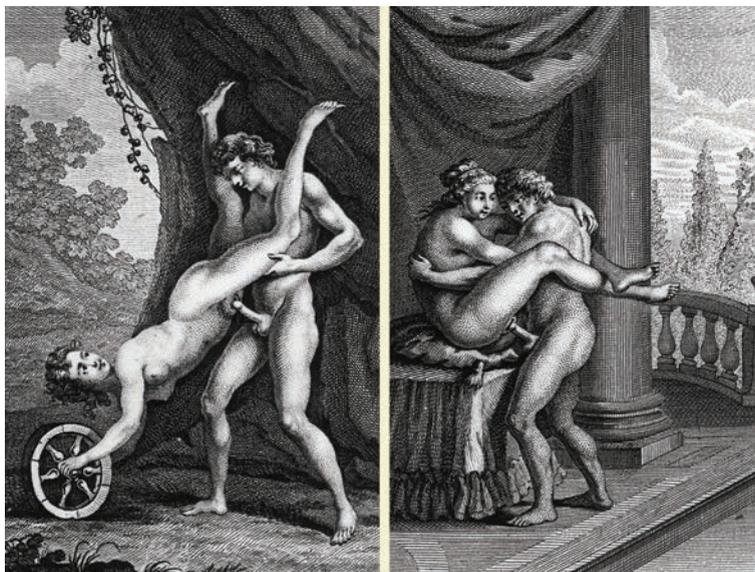
Lutero, como alemán, tenía una concepción del papado bien distinta de lo que en realidad era. Además, cuando el fraile entró por la Plaza del Pópolo, considerada la puerta de Roma por excelencia, acarrea en su interior un amplio bagaje de retorcidos complejos psicológicos y espirituales. La tolerancia humana no constituía su fuerte y su idea de la religión cristiana caminaba muy influenciada por la de ciertos grupos alemanes, que consideraban al pontífice como el Anticristo. Para colmo, Lutero había escogido como su orden la de los agustinos, una de las más duras y vigilantes de los votos existentes en el imperio germánico.

Los alemanes que retornaron a su país después de su peregrinaje a Roma en ocasión del jubileo de 1500 contaban que la corte pontificia de Alejandro VI, el maligno papa Borgia, y toda la sociedad romana en general vivían en un mundo de vicio y corrupción, de veneno y asesinatos continuos. Con esta peculiar preparación antirromana, Lutero visitó la Ciudad Eterna. Pero también con los recuerdos de su juventud, cuando su padre Hans, hombre que odiaba a los frailes, le castigaba continuamente con su vara. Se contará después que, en 1505, Lutero fue iluminado por un rayo al igual que le sucedió a san Pablo, empujándole a convertirse en fraile. Votos perpetuos de castidad, obediencia y pobreza, duras disciplinas de ayuno y flagelación..., todo ello encaminado a apartar al diablo que continuamente lo asediaba. En Roma, Lutero visitó reliquias y monumentos antiguos, pero se mostró indiferente ante las nuevas obras renacentistas. De regreso a Alemania, nada escribió de su viaje, pero diez años después, ya inmerso en su peculiar revolución religiosa, se despachó a gusto definiendo la Ciudad Eterna como una abominación, afirmando que los papas eran unos malditos pecadores y que su corte la integraban un montón de asnos y cerdos infectos, a los cuales sólo les gustaba cenar servidos por mujeres desnudas.

UNA CIUDAD REPLETA DE PROSTITUTAS

¿Qué había de verdad en tales diatribas? El eclesiástico andaluz Francisco Delicado, que vivió en Roma durante el primer cuarto del siglo XVI, publicó en Venecia, hacia 1528, un vivísimo fresco sobre la sociedad de la urbe titulado *La lozana andaluza*, historia de una cortesana donde se glorifica la vida muelle, el amor lascivo, la licencia y la libertad de costumbres. La Roma renacentista, la Babilonia italiana, es vista aquí como un «triunfo de grandes señores, paraíso de putas, purgatorio de jóvenes, infierno de todos, fatiga de bestias, engaño de pobres, peciguería de bellacos». Allí la joven Lozana llegada a Roma desde Córdoba (hacia 1513, al decir de los que saben) encuentra en casa de cierta prostituta a un canónigo que invoca a santa Nefija, la patrona de las meretrices: «la que daba su cuerpo por limosna». Es una Roma, pues, contradictoria, libertina y a la vez religiosa. Y Lutero, claro es, no podía encajar semejante contradicción.

Las prostitutas se convierten también en protagonistas de ciertas obras de Pietro Aretino. Este personaje, uno de los cronistas más interesantes de la



Uno de los modos o posturas amorosas de la colección grabada por Marcantonio Raimondi. *I Modi* ('Las maneras'), también conocido como *Las dieciséis posturas* o bajo el título en latín *De omnibus veneris schematibus*, es un libro erótico famoso de la época renacentista italiana que contiene grabados de escenas explícitas de parejas en posiciones sexuales. La edición original fue creada por el grabador Marcantonio Raimondi (basada en una serie de pinturas eróticas que Giulio Romano realizó para el nuevo Palacio Té de Mantua por encargo de Federico II Gonzaga). Parece que la edición original fue completamente destruida por orden de las autoridades eclesiásticas, aunque han sobrevivido fragmentos de una edición posterior. La segunda edición estaba acompañada de unos sonetos escritos por Pietro Aretino que describían los actos sexuales mostrados. Las ilustraciones originales fueron copiadas probablemente por Agostino Carracci, y son las que sobreviven.

sociedad romana de aquellos años, satirizaba a menudo a los miembros de la curia pontificia, circunstancia que lo convirtió en objeto de un atentado, acaecido el 28 de junio de 1525. Su comedia *La cortesana* (1525) puso de manifiesto la corrupción y el despilfarro de la corte romana, echando así más leña al fuego luterano. En ese mismo año se supone que compuso dieciséis *Sonetos lujuriosos* para acompañar a diversos grabados eróticos del pintor Giulio Romano. Aquí, Aretino pone rima a las diversas posturas amorosas practicadas por las cortesanas romanas, los llamados *I modi* ('Las maneras'),

que basándose en los diseños de Romano grabó Marcantonio Raimondi. Un atrevimiento que provocó las iras de Clemente VII, el papa del momento.

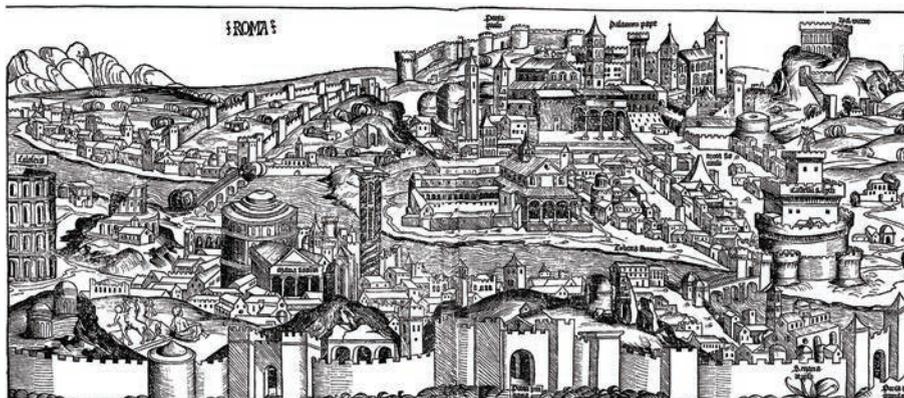
Las meretrices romanas eran mujeres de lujo. No muy lejos de San Pedro, entonces en construcción, pasado el puente Sant'Angelo, comenzaba el barrio del vicio. Famosísimas y honradas prostitutas ofrecían su propio título de distinción, de acuerdo con la tendencia adoptada en el oficio: cortesanas de puerta cerrada, con iluminación de candela, expertas en provocar celos, vírgenes, güelfas, gibelinas (las dos facciones medievales, la primera partidaria del poder papal y la segunda del imperial), cortesanas, beatas... Algunas estudiaban latín y tocaban el laúd. La alta sociedad las tenía en gran estima y consideración, y sirvieron de modelo a pintores tan destacados como Rafael o el mencionado Giulio Romano. Dos de las meretrices más famosas, Lorenzina y Beatriz, aparecen en el censo romano de 1527 como «honestas cortesanas» bien establecidas.

La ciudad de Aretino era la misma que había visitado antes Lutero, pero no todos los cardenales aceptaban esa libertad de costumbres. Sonó por aquel entonces, como preludio del Concilio de Trento, una súplica dirigida al papa para que restaurara la vida cristiana en Roma:

Esta ciudad e iglesia de Roma es la madre y maestra de las demás iglesias; por ese motivo, beatísimo Padre, son muchos los extranjeros que se escandalizan al entrar en la basílica de San Pedro y ver allí a sacerdotes sucios e ignorantes, revestidos de indignos hábitos, celebrando misa. Esto constituye un escándalo para todos. En esta ciudad, las meretrices andan por las calles como si fueran matronas.

A todo esto cabe añadir que, según el cronista Stefano Infessura (h. 1435- h. 1500), autor del *Diario della Città di Roma* en 1490, operaban libremente en la Ciudad Eterna unas seis mil ochocientas prostitutas, y no todas italianas, pues las había desde españolas hasta turcas. Nada más llegar a Roma, cambiaban el nombre y adoptaban el de heroínas antiguas, como Lucrecia, Porcia, Virginia, Pantasilea, Prudencia, Cornelia, Camila, Fausta, Tiberia... Y aunque las meretrices no podían en principio ser sepultadas en iglesias, siempre hubo honrosas excepciones. Así, una amiga de César Borgia, el hijo de Alejandro VI, fue enterrada en la iglesia de San Agustín, y la famosa Imperia, gracias a un permiso concedido por el propio Julio II, en la de San Gregorio Magno al Celio.

Tan extendida estaba la prostitución que algunas instituciones religiosas ofrecían sus servicios a las mujeres ejercían dicho oficio. En un pequeño



Roma en 1493, grabado de época. Por aquel entonces, la Ciudad Eterna apenas superaba los cuarenta mil habitantes.

hospital próximo a la iglesia de San Girolamo degli Schiavomi, se abría la puerta a todas las meretrices que necesitaban dar a luz, siempre que no comunicaran a nadie su identidad ni la del padre de la criatura (caso de que la conocieran). La Compañía del Divino Amor, en la primera mitad del siglo XVI, ayudaba a las prostitutas enfermas o arrepentidas. Algunas, cómo no, acababan como monjas en diversos conventos romanos.

La sodomía tampoco era nada extraña en la Roma del Cinquecento, hasta el punto de que Niccolò Franco, un discípulo de Aretino, escribió en su *Priapea* (1546) noventa y nueve sonetos donde acusaba a su maestro de sodomita. La pederastia, el vicio griego, inspiró una de las sátiras de Ludovico Ariosto. Y observando el lado práctico del asunto, el punto de encuentro de los sodomitas romanos lo constituían los baños públicos, denominados *stufé*. Es probable que Miguel Ángel acudiese a dichos establecimientos para estudiar a modelos desnudos, como lo hacía el pintor aretino Giorgio Vasari en una *stufa* de la vía del Borgo.

LA MALDAD DEL PAPA BORGIA

Para comprender el origen histórico de la Reforma luterana, conviene tener presente que el monje alemán encontró en el clima político de Roma, al igual que en sus costumbres, un retazo de la podredumbre que según los

autores de la época se fijó en tiempos de Alejandro VI Borgia, muerto siete años antes de la llegada de Lutero.

Alejandro VI constituye para muchos el antipapa por excelencia, es decir, el ejemplo de lo que no debería ser un pontífice. Un reformador agustino y futuro cardenal, Egidio de Viterbo, dejó el siguiente testimonio sobre su gobierno que recoge Gregorovigus:

Todo se envolvió de tinieblas, como en una noche tempestuosa [...]. Nunca se produjeron en las ciudades del Estado eclesiástico tan terribles sublevaciones, tan numerosos saqueos y delitos tan cruentos. Nunca se robó tan impunemente por los caminos, nunca se cometieron en Roma tantos delitos [...]. El derecho era cosa muerta, imperaban el dinero, la violencia y el apetito de los sentidos.

Y si esto no fuera bastante podemos mencionar la carta que el canciller florentino Agostino Vespucci escribió a su amigo Niccolò Machiavelli desde Roma el 16 de julio de 1501, comentando la licenciosa vida en el palacio papal: «Cada noche, veinticinco mujeres o más, desde el Avemaría y durante una hora, acaban a grupas de cada uno. Por Dios que el palacio se llena manifestamente de toda clase de inmundicia transformándose en un prostíbulo».

El antes conocido como cardenal Rodrigo Borgia salió elegido como pontífice, en la cuarta votación, el 11 de agosto de 1492, y lo fue por unanimidad, puesto que se votó a sí mismo. Aunque para lograr semejante éxito, tuvo que prometer Rodrigo numerosos beneficios a quienes lo votaron. Todos los asistentes al cónclave recibieron tanto que cada uno de ellos se quedó con la impresión de que el nuevo pontífice estaba bajo su dominio. Sirvan para ello algunos ejemplos: el cardenal Ascanio Sforza fue premiado con el puesto de vicescanciller, incluido el mobiliario de su despacho, amén del obispado imperial de Eger y la encomienda de Nepi (territorio de la Iglesia), que incluía su castillo; el cardenal Giambattista Orsini obtuvo el obispado de Cartagena, la legación de la provincia pontificia de las Marcas y las encomiendas de Soriano y Monticelli (localidades próximas a Roma); el cardenal Giovanni Battista Savelli fue nombrado obispo de Mallorca y arcipreste de la basílica romana de Santa Maria Maggiore, amén de encomendero de Civita Castellana; el cardenal Antonio Pallavicino recibió el obispado de Pamplona (para entendernos, sus rentas, porque a Navarra no viajó jamás); el cardenal Giovanni Michiel, el obispado de Porto-Santa Rufina (en el Lacio), etc. No obstante, elecciones simoníacas ya las hubo antes



Grabado que representa a Alejandro VI, de autor desconocido, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (BNM). Ha sido fechado en torno a 1492, año en que Rodrigo Borgia fue elegido papa.

y las habría posteriormente, pues lo mismo sucedió con Giuliano della Rovere, futuro Julio II, el acérrimo enemigo de los Borgia.

Un papa con al menos seis hijos (uno de ellos, presumiblemente tenido con su propia hija, Lucrecia Borgia) y muy amante de la eliminación física de sus enemigos por medio del veneno, fueron circunstancias que le valieron a Alejandro VI una justa y merecida fama. Las mortales pócimas de los Borgia se hicieron célebres en su tiempo, aunque quizá se exagerara un tanto al respecto. Tan pronto como fallecía algún incómodo personaje enemigo del Papa o de su familia, surgía la sospecha de envenenamiento, muy difícil de demostrar por otro lado. Los casos de muerte de cardenales no fueron más numerosos que en tiempos anteriores a Alejandro VI, aunque los dos principales adversarios del pontífice, por si acaso, prefirieron residir durante varios años alejados de Roma. Nos referimos a los cardenales Giuliano della Rovere, ya mencionado, y Ascanio Sforza, ambos, por cierto, muy saludables.

La polémica de los envenenamientos creció enormemente cuando, de acuerdo con el derecho canónico, Alejandro VI comenzó a reclamar para la Santa Sede las herencias de los cardenales muertos sin testar. Todo el mundo

comenzó a pensar que los prelados eran eliminados a causa de sus bienes. Y aunque hubo falsas noticias, lo cierto es que también hubo alguna verdadera, como la relacionada con el cardenal veneciano Giovanni Michiel, sobrino del papa Pablo II, en abril de 1503. Dicho prelado falleció en Roma tras una enfermedad de sólo dos días, lo que de inmediato hizo sospechar a mucha gente. La idea de un posible envenenamiento se hizo cada vez más factible cuando, nada más morir Michiel, el gobernador de Roma hizo acto de presencia en su palacio para incautar una serie de bienes que, sólo en dinero y joyas, se valoraron en ciento cincuenta mil ducados. Luego el propio Alejandro VI insistió en que los rebaños de bueyes del difunto, que pacían en las tierras cercanas a Porto, fueran asimismo rápidamente incautados. El secretario del cardenal, Asquinio de Colloredo, confesó en 1504, ya durante el pontificado de Julio II, haber administrado veneno a Michieli por orden del pontífice y de su hijo César Borgia. Por ello Asquinio acabó decapitado, aunque su confesión se hiciera bajo la amenaza de una muerte aún más cruel. Peregrinos alemanes presenciaron, el 16 de marzo de aquel año, su ejecución en la plaza del Capitolio y le oyeron gritar desesperadamente, cuando estaba a punto de morir, que nunca se hubiera convertido en asesino si los Borgia no le hubieran empujado a ello.

No obstante, parece que en este caso se cumplió el dicho de que: «Quien a hierro mata, a hierro muere». Al menos existen fundadas sospechas para pensar que el propio Alejandro VI falleció asimismo envenenado. El recientemente nombrado cardenal Adriano Castellesi de Corneto, culto y viajero humanista italiano, invitó a cenar al Papa y a su hijo César en la noche del 3 de agosto de 1503. Este legendario ágape concluyó con varios asistentes enfermos, incluido el propio Adriano, aunque los males no comenzaron a sentirse hasta una semana después. César Borgia pasará por un duro trance y su padre fallecerá, tras una lenta agonía, en la noche del 18 al 19 de agosto.

Tiempo después, el cardenal Adriano se autoinculpó de haber envenenado a los Borgia, aunque afirmó haber actuado así para librarse de correr la misma suerte. Incluso afirmó haber comido parte de la mortal cena, acaso una fruta confitada, para no levantar sospechas. Resulta difícil de creer no obstante que un veneno suministrado una semana antes surtiera un efecto a tan largo plazo. Muchos historiadores prefieren hablar de malaria estival, mientras otros consideran que el veneno fue administrado en realidad el 11 de agosto, durante la celebración del undécimo aniversario de la elección del pontífice. Un asunto realmente confuso que nadie quiso

posteriormente aclarar, pues no fueron pocos los que consideraron que se había hecho justicia. Y si es cierto que Adriano ordenó eliminar al papa Borgia, hay quien afirma que le tomó gusto al asunto y acabó envenenando, en 1514, a Allen Bainbridge, obispo de York, que se encontraba de viaje en Roma. Más tarde, Adriano se vio involucrado en un complot para acabar con el papa León X, también mediante veneno. Perdió entonces la púrpura cardenalicia y hubo de huir a Venecia. En 1521 moriría asesinado por un criado suyo que pretendía robarle.

LAS CORRUPTAS DINASTÍAS CARDENALICIAS

En la curia cardenalicia había individuos de muy diversas cataduras: desde hombres como Adriano de Corneto, ambiciosos y sin demasiados escrúpulos, hasta personas serias y responsables como el veneciano Gasparo Contarini, cardenal desde 1535, que sufría muchísimo al constatar la corrupción reinante entre los purpurados.

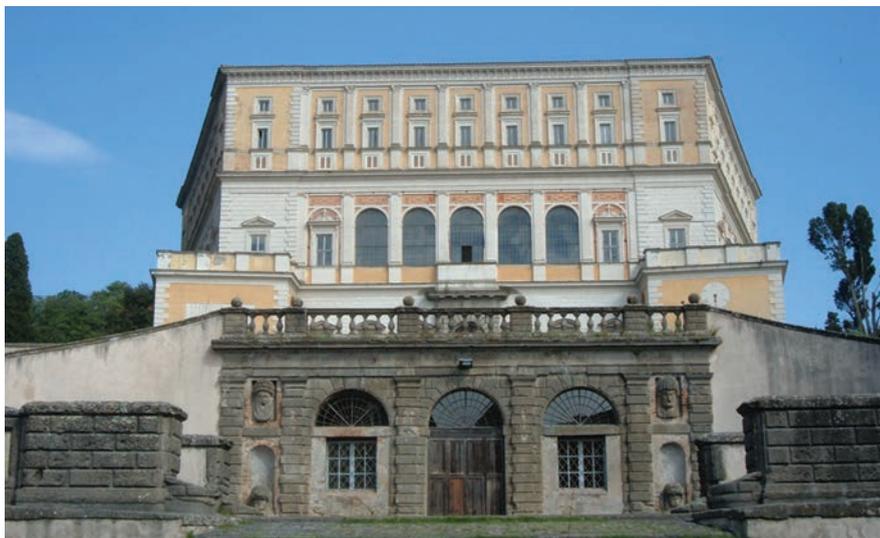
Este sacro senado pontificio, que se reunía en consistorio para ofrecer sus consejos al papa, recibir embajadores o asignar beneficios, incluidas diócesis, constituía un órgano propicio a la corrupción y al nepotismo, pues de sus cónclaves salía elegido cada nuevo pontífice. Alejandro VI, como otros papas de su tiempo, había concedido la púrpura a César Borgia, su propio hijo, aunque luego este renunciara a tal honor; también la otorgó a cinco sobrinos, primos y sobrinos nietos, amén de una serie de personajes dispuestos a comprar un capelo con dinero contante y sonante, hombres enérgicos capaces de satisfacer la desenfadada ambición por engrandecer el linaje y los vastos designios del pontífice. Entre ellos destacó Alessandro Farnese, más tarde papa con el nombre de Pablo III, convertido en cardenal por ser hermano de Giulia, la hermosa amante de Alejandro VI (de ahí que se le conociera popularmente como el cardenal de la Vagina); también Hipólito d'Este, de la casa ducal de Ferrara, purpurado a los catorce años y capaz de ordenar que sacaran los ojos a su hermano por culpa de una dama. Y, cómo no, Adriano Castellesi de Corneto, que igual componía un refinado hexámetro, un tratado titulado *De vera Philosophia*, como se dedicaba a envenenar a sus rivales.

En los años del pleno Renacimiento, es decir, durante el primer cuarto del siglo XVI, los cardenales eran considerados más como príncipes de la

Iglesia que como eclesiásticos *strictu sensu*. Organizaban fiestas, se disfrazaban durante el carnaval, bailaban con las damas, combatían junto al pontífice (sobre todo si este se llamaba Julio II) y en ocasiones se rodeaban de una prole más o menos numerosa, casi siempre debidamente legitimada y provista de una buena renta eclesiástica. Alessandro Farnese, futuro papa, lograría para su hijo Pier Luigi nada menos que todo un ducado, separando de las posesiones de la Iglesia las tierras de Parma y Piacenza. A nadie le extrañaba pues escuchar que algunos purpurados fallecían a causa de su extremadamente licenciosa vida. Así, el cardenal Luigi de Rossi moriría, se dijo, por culpa de su vida inmoral, infame y licenciosa, mientras que Benedetto Accolti, cardenal de San Eusebio y obispo de Cádiz, dejaría esta vida en 1549 por haber sido gran aficionado a la bebida, por sus muchos desórdenes y su gran dedicación a las mujeres. Los rumores afirmaban que falleció envenenado y con una mujer encima de él. Todo un personaje, sin duda.

Las dinastías cardenales podían llegar a acumular grandes riquezas gracias a su cargo y a sus beneficios. Un ejemplo: las diócesis de Ivrea y Vercelli, en el Piamonte, se convirtieron en el siglo XVI, durante muchos años, en posesiones de la familia Ferreri, la cual contó con varios cardenales entre sus miembros (Giovanni Stefano entre 1500 y 1510, Filiberto entre 1548 y 1549, Pietro Francesco entre 1561 y 1566, y Guido Luca entre 1565 y 1585). Y si un linaje podía controlar un obispado, un solo cardenal llegaba a acaparar hasta cuatro o cinco a la vez. En 1524, Agostino Trivulzio, lombardo, administraba simultáneamente las diócesis de Le Puy, Alessano, Toulon y Reggio Calabria. En 1532, Giovanni Salviati, toscano, las de Ferrara, Bitetto, Volterra y Santa Severina. En 1534, Domenico de Cupis las de Trani, Macerata, Recanati, Montepeloso, Adria y Nardó. Y en 1548, a poco de aprobarse el decreto tridentino que prohibía la acumulación de obispados, Hipólito d'Este, un sobrino de aquel otro ya mencionado por su fraternal brutalidad, era propuesto para las de Autun, Tréguier, Lyon y Milán. Parece que la reforma de Trento no afectaría demasiado, al menos de forma inmediata, a semejantes abusos perpetrados en las altas instancias de la Iglesia.

Las rentas anuales de un cardenal oscilaban entre los cinco y los ciento cincuenta mil escudos (a fines del siglo XV, un artesano romano podía ganar cuarenta o cincuenta escudos al año). Algunos purpurados eran verdaderos «multimillonarios», en el sentido actual de la palabra, y podían permitirse financiar magníficas obras de arte. Así, el nieto del papa homónimo Pablo III, gozaba, a su muerte, de una renta de ciento veinte mil escudos anuales. Durante su vida había mandado construir una villa en el Palatino



Villa de Caprarola (Lacio), mandada construir por el cardenal Alessandro Farnese, futuro Pablo III. El proyecto para una fortaleza defensiva fue preparado originalmente por Antonio da Sangallo el Joven. En 1559, por voluntad del cardenal, la idea original fue modificada, aunque manteniendo la planta pentagonal, y la dirección de los trabajos fue encomendada a Vignola. Las obras finalizaron en 1575.

romano y la majestuosa iglesia jesuítica del Gesù, y había modificado la villa de su tío en Caprarola, mientras que su corte de criados consumía cada año unos treinta mil escudos.

Las residencias de algunos cardenales eran verdaderas cortes principescas que rivalizaban en lujo y dinamizaban la vida social de Roma. En las veintiuna cortes cardenalicias que existían en Roma en 1527 alguna podía llegar a contar con un séquito de ciento cincuenta personas. Evidentemente, con el tiempo hubieron de limitarse tan elevados dispendios, los cuales sólo llegarían a ser accesibles para las grandes familias papales (los Buoncompagni, los Aldobrandini, los Borghese, los Ludovisi, los Barberini o los Pamphili). Y aunque también hubo purpurados humildes, surgidos casi de la nada (como el cardenal Felice Peretti, futuro Sixto V, pensionado por Gregorio XIII), las críticas ante tanto lujo desplegado se convirtieron en algo habitual.

Los cardenales del siglo xvi eran en su mayoría italianos, muchos de ellos miembros de las grandes familias gobernantes (los Este de Ferrara, los Gonzaga de Mantua o los Medici de Florencia) o de los clanes nobiliarios del Estado Pontificio (los Farnese, los Orsini, los Colonna...). Los cardenales extranjeros eran casi exclusivamente españoles o franceses, y en raras ocasiones residían en Roma. Cuando lo hacían, se convertían por añadidura en embajadores de sus respectivos monarcas. En muchas ocasiones, los pontífices nombraban purpurados tras arduas negociaciones con los poderosos linajes que gobernaban Italia, y el título acababa convirtiéndose en un premio concedido por algún favor obtenido a cambio.

Y junto a los cardenales de estirpe tenemos a los cardenales nacidos del nepotismo, a los sobrinos, o incluso hijos, de los pontífices, y que en ocasiones también acabaron siendo nombrados papas. Alejandro VI Borgia era sobrino de Calixto III, Pío III de Pío II, Julio II de Sixto IV, mientras que Clemente VII era primo de León X. No obstante, esta tradición sucesoria se truncó hacia 1525, probablemente por influencia de la Reforma protestante. Y después del Concilio de Trento, cuando se ratificó el poder absoluto del papa sobre la Iglesia católica, el sacro colegio cardenalicio dejará de constituir una suerte de senado con cierta influencia política para convertirse en cuerpo de altos funcionarios pontificios, encargados de tareas inquisitoriales (una vez que Pablo III en 1542 instituyó la Inquisición romana), del gobierno de las provincias, de misiones diplomáticas o de la dirección de las distintas congregaciones que, por las diversas necesidades surgidas en esta conflictiva época, irán creándose posteriormente.

MILAGROS, SUPERSTICIONES Y CULTO A LAS RELIQUIAS EN LA ROMA RENACENTISTA

A pesar de la evidente corrupción de los cargos eclesiásticos, no disminuía en el pueblo la fe o la creencia en la inmaculada virginidad de la Madonna. Así, la Roma del siglo xvi puede considerarse como un congreso de bardajes, rufianes, viciosos, santos e ingenuos, todos unidos y habitando en una urbe que para muchos hombres honestos era peor que Sodoma, Gomorra y Babilonia juntas. En un acceso de ira, Napoleón Bonaparte llegó a amenazar con destruir la Iglesia de Roma, a lo que el cardenal Ercole Consalvi, secretario de Pío VII, le replicó: «No le será fácil, sire, cuando



La Scala Santa de Roma. Se trata de una escalera de mármol compuesta por veintiocho peldaños y ubicada en frente de la basílica de San Juan de Letrán. En 1980 fue incluida en la lista del Patrimonio de la Humanidad en Europa por la Unesco. El actual edificio donde se encuentra fue mandado construir por Sixto V entre los años 1586 y 1589.

ni siquiera en diecinueve siglos nosotros, los eclesiásticos, hemos sido capaces de hacerlo».

Tanta desvergüenza junta afectó muchísimo a Lutero, que quiso combatirla hasta sus cimientos. No conocía quizá aquella anécdota de la época sobre cierto judío que, al ver lo que sucedía en Roma, decidió convertirse al catolicismo por el siguiente razonamiento: «Si esta religión puede subsistir en medio de tanto vicio, por fuerza ha de ser divina». Lutero, que llegó a Roma en octubre de 1510 para tratar de ciertas cuestiones relacionadas con su orden, residió en la Ciudad Eterna cerca de un mes. Y según una relación de su hijo Pablo, lo que más le agradó al fraile agustino fue la Scala Santa que subió Jesucristo en el palacio de Poncio Pilatos en Jerusalén, según la tradición trasladada a Roma en el 326 por santa Elena, la madre del emperador Constantino. Lógico, pues era la escalera que llevó al hijo de Dios al suplicio.

Si a Lutero, un espíritu inquieto, le había impresionado la Scala Santa, ¿cómo no comprender la incredulidad de las clases populares romanas, habituadas a una religión exteriorizada y colmada de milagrería y supersticiones, de reliquias y de imágenes? La existencia de numerosas reliquias constituía para Roma una fuente segura de riquezas, ya que durante los jubileos y los sucesivos peregrinajes a la ciudad, los numerosos visitantes se dedicaban a practicar la limosna y a gastar su dinero en la adquisición de este tipo de objetos. ¿Cómo no creer, pues, en el carácter milagroso de las reliquias? Roma nunca dejó de alimentar el vicio del culto a reliquias absurdas, aun cuando la Reforma protestante atacara con firmeza tales creencias, tildándolas de fanatismo.

Tales supersticiones, que concedían poderosos milagros a las reliquias, comenzaron a desarrollarse hacia el siglo iv con la liberalización del culto cristiano. Algún historiador ha considerado como año de bautismo de estas fantasías el 325 o 326, cuando santa Elena regresó a Roma tras visitar Tierra Santa en busca de los primeros recuerdos cristianos. Dado que por aquel entonces resultaba extremadamente difícil demostrar que un cuerpo pertenecía realmente a un santo, sobre todo si este había sido martirizado uno o dos siglos atrás, se instituyó la práctica de la invención, es decir, el descubrimiento y la veneración de reliquias hasta entonces desconocidas, como en el caso del hallazgo de los huesos de san Esteban en Jerusalén, acaecido en el 415. Tales restos fueron repartidos posteriormente por media Europa y comenzaron a obrar diversos milagros que demostraban su autenticidad. El prodigio efectuado en el momento del descubrimiento o *a posteriori* constituía una indiscutible garantía contra las falsificaciones. Más tarde, el carácter economicista del ser humano convirtió este asunto en un verdadero negocio, como el que practicaba en el siglo ix el famoso Deusdona, diácono de la basílica romana de San Pietro in Vincoli, gran falsificador de reliquias que enviaba principalmente al norte de Europa. Semejantes abusos nunca cesarían, y el tráfico continuó hasta que Martín Lutero convirtió las reliquias (y, por añadidura, los santos) en uno de los temas de controversia de la Reforma protestante.

Aunque a Lutero le hubiese llamado la atención la Scala Santa, más tarde, en 1520, publicaría un panfleto anónimo en el que se parodiaba la colección de reliquias del arzobispo de Maguncia, entre las cuales aparecía: «Un pedacito del cuerno izquierdo de Moisés, tres llamas de la zarza de Moisés que ardieron en el monte Sinaí, dos plumas y un huevo del Espíritu Santo». Y si esto era en verdad una exageración crítica, la realidad no distaba

mucho de la ficción, pues en el catálogo auténtico de reliquias pertenecientes a dicho arzobispo, sí aparecía un pedazo de tierra del lugar donde Cristo enseñó el Padrenuestro, una de las monedas de plata cobradas por el traidor Judas y restos del maná que recibieron los israelitas en el desierto. De inmediato se comprende por qué en Roma hubo tan pocos luteranos: el negocio era el negocio, y la venta de reliquias era un negocio.

Circulaba por Roma (y por otros lugares de Italia o España, todo hay que decirlo) una religiosidad popular contraria a la aplicación de principios morales teóricos en los casos concretos de la vida. En la Ciudad Eterna existía el milagro, y nadie creía que Dios o la Virgen fueran incapaces de perdonar en el último momento de la existencia; eran demasiado buenos para semejante falta de misericordia. Y para los romanos, el papa y las reliquias eran algo suyo que nadie podía arrebatarles y ni siquiera criticarles. Si muere un pontífice, se le roba todo lo que se puede de su palacio y se nombra a otro, a quien también se le saquea la residencia en el momento de la elección. Roma no puede vivir sin el pontífice, y sólo los romanos pueden criticarlo. Como tampoco puede vivir sin las reliquias, de las cuales son celosísimos guardianes los habitantes de la urbe. Y cuantas más haya, mejor. En mayo de 1492 el sultán otomano Bayaceto permitió que la Santa Lanza (el remate metálico del arma) fuera trasladada a Roma desde Constantinopla. El moribundo papa Inocencio VIII quería enseñarla a todo el pueblo de Roma, contento como estaba por el acontecimiento; desgraciadamente, no poseía ya fuerzas para alzar el pesado relicario de cristal de roca, y fue el cardenal Rodrigo Borgia quien hubo de ayudarle.

Reliquias y milagros (o leyendas sobre milagros) constituían el pan cotidiano. En San Lorenzo Extramuros se conservaba la sangre del mártir, así como grasa usada para martirizarlo en la parrilla. Cerca del Foro, en la antigua cárcel Mamertina, surgía entonces una pequeña capilla (todavía existente) donde se decía que san Pedro, encadenado, bautizaba a sus custodios; una fuente testimoniaba dicha actividad. De la leche de la Virgen al Santo Prepuccio. A fin de desmentir la creencia en la leche de la Virgen «siempre fresca en un frasco de vidrio», según cantaba en el siglo XIX el poeta romano Giuseppe Gioacchino Belli, san Bernardino de Siena lanzó a los romanos del Cuatrocientos una dura invectiva rebotante de populismo: «Oh, oh, la leche de la Virgen María, mujeres, ¿qué os pensáis? Sabed que se va mostrando por ahí como una verdadera reliquia, pero no os lo creáis, pues es falsa. Quizá si la Virgen María hubiese sido una vaca, entonces es posible que dejara algo de su propia leche, como esas bestias que se dejan ordeñar».

La historia del Santo Prepucio, la única parte de su físico que dejó Cristo en la Tierra tras ascender al Cielo en cuerpo y alma, es punto más que rocambolesca. Cuenta Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona desde 1612, en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (1604-1606), que un soldado español robó durante el saqueo de Roma de 1527, en el Sancta Sanctorum de San Juan de Letrán, una cajita colmada de reliquias, entre las cuales se hallaba el prepucio cortado por el sumo sacerdote en la infancia del Salvador. Treinta años después apareció en las tierras del feudo de Roccasinibalda, al norte de Roma; un campesino que halló el relicario lo entregó a un capellán, y este a su vez lo mostró a Maddalena Strozzi, esposa de Flaminio Orsini, feudatario del lugar. En su interior se conservaba un pedazo de «carne fresca» de san Valentín, un trozo de mandíbula de santa Marta (la hermana de santa María Magdalena) y un paquetito muy perfumado con el nombre de Jesús escrito. La Strozzi tomó el mentado paquete y pronto hubo de soltarlo, pues sus manos se le entumecían. Este milagro abrió los ojos de Lucrecia Orsini, su cuñada, quien exclamó que sin duda el paquete contenía una parte del cuerpo de Jesús. Apenas hubo pronunciado ese nombre, la cajita exhaló un olor suave, pero tan intenso que Flaminio Orsini, que se encontraba en una habitación contigua, preguntó de dónde provenía ese perfume que hasta él llegaba. Se intentó en vano abrir el paquete. Por fin, el capellán que había recibido la cajita tuvo la idea (lúcida intuición) de que las manos puras de una virgen tendrían más éxito. Así fue, y la santa reliquia quedó depositada en la cercana iglesia parroquial de Calcata. El autor de estas páginas, que visitó dicha localidad en el verano de 1991, se encontró con la sorpresa de que dicha reliquia había desaparecido en 1983, al parecer robada. El alcalde de Calcata me informó entonces de que se sospechaba de las propias autoridades eclesíásticas, que no reconocían dicha reliquia como auténtica.

Hasta 1935, las mujeres tenían prohibido acercarse, en la iglesia de Santa Croce de Jerusalén, a las reliquias de la Pasión. Únicamente podían visitar la capilla el 20 de marzo. En ella se conservan tres pedazos de la Santa Cruz, la inscripción que Pilatos ordenó colocar en el mismo leño (la del famoso INRI), un pedazo de la cruz de san Dimas (el buen ladrón), uno de los cuatro clavos de Cristo, dos espinas de su corona, fragmentos de la gruta de Belén, del santo sepulcro y de la columna de la Flagelación, uno de los treinta denarios cobrados por Judas y las falanges del dedo índice de santo Tomás (el que se introdujo en la herida de Cristo). En 1625 fue publicado en Roma un opúsculo de Ottaviano Panciroli, canónigo de Reggio, en el



HERLIN, Friedrich. *Circuncisión de Cristo* (1466). Iglesia de San Jacobo de Rothenburg (Alemania). La circuncisión de Jesús es la denominación de un episodio evangélico (Lucas 2, 21) y un tema iconográfico relativamente frecuente en el arte cristiano. Trata de la ablación ritual del prepucio que se efectuó a Jesucristo. La ley mosaica, por mandato divino, prescribía: «Serán circuncidados a los ocho días de nacer todos vuestros varones de cada generación». El evangelista Lucas cuenta cómo se cumplió esta ley a los ocho días del nacimiento de Jesús. Un acto en que también «le pusieron por nombre Jesús».

cual aparece un larguísimo elenco de reliquias, tanto verosímiles como inverosímiles, custodiadas en las iglesias romanas. Desde la columna sobre la que cantó el gallo de san Pedro hasta el velo y los cabellos de la Virgen, pasando por los restos de los primeros cristianos hallados en las catacumbas. Un tema este, el de las catacumbas, del que hablaremos en otro capítulo.

Lutero, en 1510, se detuvo en el convento agustiniano de la Piazza del Popolo. También aquí corrían aires de superstición. La iglesia primitiva de Santa María del Popolo había sido construida por Pascual II (1099-1118) para amedrentar al espíritu demoníaco de Nerón, según la tradición enterrado en las cercanías. No obstante, durante la noche continuaban viéndolo volar sobre la iglesia.